

XLVII.

La propaganda masónica.

La existencia de Mauricio no podía ser mas triste. Nuestro héroe echaba de ménos aquellos para él felices tiempos en que soñaba con la imágen de Luisa en el tapanco de la tienda de don Márcos.

Las ilusiones de aquella época se habian desvanecido. En vez de un porvenir de gloria, de amor y de dicha, Mauricio veía con espanto un inmenso vacío.

En el hogar doméstico, la miseria, la falta de paz; en vez de una esposa tierna y amante, una loca insufrible; en lugar de los goces tranquilos de la familia, disgustos incesantes, cuestiones interminables; lágrimas y desaforados gritos donde tenia derecho de esperar sonrisas y frases cariñosas; la mujer en quien por un momento soñó su ángel de guarda, convertida en un ser animado sin nombre: mujer por lo nervioso y apasionado, desencadenada furia por sus arrebatos.

Fuera de su casa, en ese círculo donde los hombres que no son afortunados en su matrimonio van á buscar consuelos y los goces que les faltan, allí donde la amistad y el trabajo hacen olvidar á la generalidad sus desavenencias domésticas, Mauricio encontraba el desaliento que la falta de quehacer produce en las gentes laboriosas y necesitadas, el disgusto consiguiente á los que ya muy desventurados se oyen culpar continuamente de sus propias desgracias.

Don Márcos, bueno pero rudo, aun cuando se compadecía del pobre Mauricio, le echaba en cara su suerte, diciéndole que él mismo tenia la culpa de lo que le pasaba, por no haber tomado en cuenta los consejos que habia recibido.

Mauricio tomó el partido de callarse, perdiendo hasta el inútil alivio que encuentran los desventurados en comunicar sus penas á sus amigos. No volvió á exhalar una queja y siguió sufriendo las impertinencias y los desahogos de su mujer, con una resignacion heróica.

La naturaleza se equivoca algunas veces y da apariencias de mujer á ciertos seres nacidos para su propia desgracia y para la de las gentes á quienes el destino condena á vivir con ellos ó á encontrarlos en su camino.

El paso de estos mónstruos queda marcado con profundas y desoladoras huellas en las familias; y la miseria, la demencia, la muerte prematura ó trágica, marcan como horribles piedras miliars el camino que recorrieron.

El buen corazón de Mauricio le habia perdido. Creyó hacer el bien casándose con la mujer de quien le habian dicho que le amaba mas que á su vida, y cuando creyó asegurar la dicha de esa mujer y la suya propia, el pavoroso fantasma de la desventura extendió sus brazos y le enlazó fuertemente en ellos hasta ahogarle.

Su situacion era desesperada; su vida un infierno.

Los consuelos de la amistad le estaban completamente ve-

dados, no solo porque don Márcos le hacia recriminaciones, sino porque sus amigos se apartaban de él intimidados por el cotidiano mal humor y la constante irritacion nerviosa de María.

Solo Ramon se aventuraba de vez en cuando á pasar el dintel de la humilde puerta del artista. En su calma y en su filosofía habituales se estrellaban las faltas de educacion y los desahogos de la antigua modelo; y cuando María, rabiosa como un lobo, decia á Ramon que iba por Mauricio para perderle, su antiguo confidente se encogia de hombros y le contestaba sonriendo y aludiendo á la parte activa que habia tenido en aque desastroso enlace.

—Con una vez basta.

Un dia, Ramon habia presenciado una de esas desoladoras escenas en que María, fuera de sí, llegaba hasta el grado de golpear á su marido, miéntras que este, respetando en ella la forma ya que no el carácter de mujer, sufría con calma sus desmanes y no despegaba los labios para contestar á sus injurias, ni se movia siquiera para evitar los golpes que le tiraba á muerte.

Ramon arrastró casi por fuerza á Mauricio á la calle, no sin incurrir en el desagrado de María, que agotó contra él y su esposo todo el vocabulario de injurias que poseia, que era numeroso.

—¿Sabes que tu mujer es una hiena?—dijo Ramon á Mauricio cuando estuvieron fuera de aquel infierno.

—Está exasperada con la miseria.

—Exasperada! Tú sí que eres un bendito, hombre; te trata como á perro rabioso y todavia encuentras en tu corazon una palabra para disculparla.

—¿Qué quieres? ya es mi mujer.

—Es cierto, por desgracia; pero todo tiene sus límites, yo en tu lugar le habria dulcificado ya el carácter á garrotazos.

—No digas disparates; eres tan incapaz como yo de pegarle á una mujer.

—Pues bien, la habria mandado á la calle de la Canoa como loca rematada.

—Tampoco.

—En fin, habria hecho algo diferente de lo que tú haces; porque con ese modo dulce y considerado que tienes para ella le estás dando alas. A las mujeres hay que atarlas corto, y si se puede, llevarlas con dos cadenas como á las fieras, para que no puedan devorar á sus conductores.

—Te repito que estás hablando disparates, Ramon; si te hallaras en mi caso, harias lo mismo que yo, ni mas ni ménos.

—Cuando mucho aguantara siquiera no me quedaria callado como tú.

—La exasperarias mas.

—Bueno, veriamos quien gritaba mas alto.

—Habria un escándalo.

—¿Y no le hay todos los dias? ¿crees que no se imponen todos los vecinos de lo que pasa en tu casa? y lo peor es que no han de creer que los gritos y los sombrerazos son causados por la mala condicion de tu mujer, sino que van á suponer que tú eres el culpable de todo; que ella es un angelito y tú un demonio.

—Mejor.

—¡Hombre! ya voy creyendo en los santos al verte á tí. Si fuera Papa te canonizaba.

—Mira, Ramon, vale mas que doblemos la hoja. Allí viene Manuel y no quisiera yo que se impusiese.....

—Tienes razon.

Los dos amigos guardaron silencio, y á pocos pasos se encontraron con el jóven á quien Mauricio habia designado con el nombre de Manuel, que se detuvo á hablarles.

—¡Hola! caballero Mauricio—dijo el nuevo interlocutor estrechando las manos que Ramon y Mauricio le presentaban—desde que te casaste no se te ve la cara ¿qué te haces? Y tú, chico,—agregó dirijiéndose á Ramon,—¿qué tal vas de conquistas?

—Como siempre—contestó Ramon sonriéndose con aire satisfecho.

—Ya lo ves—habia respondido Mauricio al afectuoso saludo de su amigo—¿y tú?

—Yo ocupadísimo con esto de la masonería. Todos los negocios de la lógia me los encarga el venerable, estoy abrumado.

—Cómo!—dijo Ramon—yo creia que la masoneria era de tiempo de la Inquisicion; poder contra poder; pero ahora, ¿á qué bueno?

—¿Conque eres nuestro enemigo? ¡Tiembra!

—Hombre no seas ridículo, ni tomes ese aire patibulario; me rio yo de tus amenazas y de tí y de tu lógia. ¿Qué van ustedes á tratar allí?

—Misterios que no pueden conocer los profanos.

Ramon soltó una franca y ruidosa carcajada.

—Me estás dando idea de sacerdote antiguo con tu aire grave y tus oráculos y tus misterios. Fuera de broma, ¿qué es lo que hacen ustedes allí de bueno?

—Si quieres saberlo, iníciate.

—¿Cuesta dinero?

—Por supuesto.

—Pues no cuentes conmigo, que soy arrancado entre los arrancados.

—Pepe es mas pobre que tú y es mason.

—Por espíritu de especulacion; sus obras inspiradas por el agenjo no se venden ni nadie las entenderia aunque se vendieran, y la fraternidad masónica le sirve para estafar pesetas á sus hermanos, á quienes cree en obligacion de mantenerle sus

vicios; sus novelas mas productivas son las que improvisa diariamente para sacar la *amanezca*.

—Hombre, Ramon, tú no has de morir en tu cama.

—Y qué mas da? Siempre es bueno decir la verdad; si yo te contara de cierto viaje para el que dieron mas de diez personas, y de cierta persecucion de la policía, y de ciertas muchas cosas improvisadas por el buen Pepe, y que se han convertido en dinero por obra y gracia de la confraternidad masónica, te quedarias admirado.

—Mira, ya eso lo sé. En esto, como en todo, se abusa; pero no se deduce de que un mason sea pícaro y petardista como el de que hablamos, que la institucion sea mala.

—No digo tanto.

—¿Cuál es su principal objeto?—interrumpió tímidamente Mauricio, á quien llamaba soberanamente la atencion todo lo que salia del órden natural.

—Difícil seria, contestó Manuel, que pudiera decirte en un rato de conversacion todas las ventajas que de afiliarse en la masoneria resultan á los iniciados en sus misterios. Baste para que las comprendas, que sepas que los masones de todo el mundo no componen mas que una familia, que están obligados á verse como hermanos, y como buenos hermanos se entiende, y por lo mismo á ayudarse mutuamente en cuantos lances terribles tengan en la vida.

—Es que hay situaciones en la vida—dijo Ramon aludiendo visiblemente á la de Mauricio, á quien dirigió una mirada de inteligencia—que no pueden remediar, no digo los masones de todo el mundo, pero ni los de un millon de mundos si los hubiera.

—Es cierto que hay penas irremediabiles—replicó Manuel—pero si la asociacion no puede evitarlas, las dulcifica por lo ménos; y los pesares de familia, la persecucion de los acreedores, la mala situacion monetaria, la falta de trabajo y todas

las tribulaciones de la vida, en fin, se alivian en la masonería con el espíritu fraternal y evangélico que forma una de las principales bases en que descansa el grande edificio.

—Ya veo que eres un mason entusiasta.

—¿Quiéren que los proponga en la lógia?

—Francamente nó por mi parte—contestó Ramon—no me gusta obligarme á lo que no puedo cumplir, y sé que tienen ustedes unas prácticas que por lo ridículas y pueriles no me acomodan. Chico, el agua limpia no necesita jabon; si lo que ustedes hacen es bueno, háganlo á la luz del dia y á la faz del mundo; el clero ha desacreditado la religion de Jesucristo con su intolerancia y sus prácticas supersticiosas; no desacrediten ustedes el espíritu de asociacion y la confraternidad universal con misterios sin objeto. Ya pasó el tiempo en que lo desconocido y lo misterioso tenia atractivos para los hombres; ahora les gusta ver claro en todas las cuestiones.

—¿Y tú que dices, Mauricio?

—Hombre, yo de buena gana entraria, porque ¿á qué ocultártelo? necesito proteccion y ayuda; pero ademas de que no cuento con lo preciso para la vida, y por lo mismo no puedo distraer nada para los gastos de iniciacion, tengo un carácter independiente como el de Ramon, y eso se aviene mal con lo poco que yo sé y he oído decir de los masones, que parece no tienen voluntad propia y están obligados á hacer cuanto les manden sus superiores.

—Pues—interrumpió Ramon—á hacer vida de obediencia como dizque la hacian los frailes en sus conventos.

—Exajeraciones y nada mas que exajeraciones—contestó Manuel—un mason es tan libre como cualquiera otro hombre y mas todavia; porque la situacion independiente que el amor y la proteccion de sus hermanos le procuran, le hace superior á muchas de las miserias y penalidades de la vida. Mira, Mauricio, yo creo que tú harias un buen mason, porque tu

carácter es moderado y dulce, tus costumbres puras, tu pobreza honrosa; vé á verme, te daré algunas explicaciones de que se burlaria este mala cabeza de Ramon, y acaso lograremos que alguno te preste el dinero necesario para hacerte mason, que tú le reembolsarás conforme puedas. Conque te espero mañana.

—Convenido.

—Hasta mañana; adios, Ramon.

—Adios, serpiente tentadora—contestó este.

—Adios incrédulo—volvió á decir Manuel.

—Hasta mañana, Manuel, dijo Mauricio que sin saber por qué sentia ese vértigo que se apodera por lo general de los que contemplan un abismo á sus piés.